

ORACIÓN DE LA MAÑANA

Este día nos ofrecen una oportunidad singular para meditar sobre la vida eterna. Por eso como ser humano moderno, podemos preguntarnos:

*¿sigue esperando esta vida eterna o considera que pertenece
a una mitología ya superada?*

Os ofrecemos una respuesta de Benedicto XVI, en 2006:

“En nuestro tiempo, más que en el pasado, vivimos tan absorbidos por las cosas terrenales, que en ocasiones es difícil pensar en Dios como protagonista de la historia y de nuestra misma vida.

La existencia humana, sin embargo, por su naturaleza, está orientada hacia algo más grande, que le trasciende; en el ser humano no se puede suprimir el anhelo por la justicia, la verdad, la felicidad plena.

Ante el enigma de la muerte, muchos sienten el deseo y la esperanza de volver a encontrar en el más allá a sus seres queridos. Y es fuerte también la convicción de un juicio final que restablezca la justicia.

Ahora bien, para nosotros, los cristianos, **«vida eterna» no sólo indica una vida que dura para siempre, sino también una nueva calidad de la existencia**, sumergida plenamente en el amor de Dios, que libera del mal y de la muerte y nos pone en comunión sin fin con todos los hermanos y hermanas que participan en el mismo Amor.

La eternidad, por tanto, puede estar ya presente en el centro de la vida terrena y temporal, cuando el alma, mediante la gracia, se une a Dios, su fundamento último. Todo pasa, sólo Dios no cambia.

Queridos hermanos y hermanas: **Meditemos en estas realidades con el espíritu dirigido a nuestro destino último y definitivo, que da sentido a las situaciones diarias.** Renovemos el gozoso sentimiento de la comunión de los santos y dejémonos atraer por ellos hacia la meta de nuestra existencia: el encuentro, cara a cara, con Dios. Recemos para que ésta sea la herencia de todos los fieles difuntos, no sólo de nuestros seres queridos, sino también de todas las almas, especialmente de las más olvidadas y necesitadas de la misericordia divina.

Que la Virgen María, Reina de todos los santos, nos guíe para escoger en todo momento la vida eterna, la «la vida del mundo futuro», como decimos en el «Credo»; un mundo que ya ha sido inaugurado por la resurrección de Cristo y cuya llegada podemos apresurar con nuestra conversión sincera y con las obras de caridad.”

Juan 14,1-6

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.»

Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?»

Jesús le responde: «**Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.** Nadie va al Padre sino por mí.»

Silencio

Gesto

En el día de la Resurrección, os invitamos a tener un momento por los difuntos, los nuestros, y las muertes desconocidas acontecidas por estos días. Por eso, recemos así:

Dios, tú que concedes el perdón de los pecados y quieres la salvación de los hombres, sabemos de tu clemencia en favor de todos nuestros parientes, y personas desconocidas, que partieron de este mundo. Concédeles la paz y la serenidad que no tuvieron en sus últimos momentos, y aliméntalos con tu esperanza. Así, mediante la intercesión de la María y de todos los Santos, haz que lleguen a participar de tu luz y la bienaventuranza eterna; por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Como recuerdo de la resurrección cambia la Cruz que habías puesto el viernes, por una tela blanca, o algo parecido.

Acaba la oración con un Padrenuestro, sintiéndote parte de toda una Iglesia cristiana que reza unida con la misma oración que Jesús nos enseñó.

REFLEXIÓN DE LAS LECTURAS (por Fr. Félix Hernández, OP)

¡Cristo ha resucitado, felicidades!

En el día de hoy, el libro de los hechos nos comunica el Kerigma, la gran noticia de la resurrección del Señor, una resurrección por amor, y que, por tanto, en absoluto está desligada del resto de la vida de Jesucristo.

Eso significa que, como nos dice la carta a los colosenses, la resurrección nos abre nuevos horizontes también a nosotros, a nuestra vida. Nos regala infinidad de nuevas posibilidades, o, dicho de otro modo, quienes creemos en la resurrección no podemos vivir igual que si no creyésemos, como si nuestro único destino fuese esta vida, porque la muerte ha sido vencida y nosotros sabemos que ese no es el final.

Pero la alegría de este día puede hacernos caer en el error de pensar que la resurrección de Jesús es algo comprobable.

Podemos pensar que significa que, aquí en la tierra, tras las derrotas o el dolor, siempre experimentaremos esa resurrección, que la maldad será puesta en su lugar y la bondad será premiada... y eso no ocurre... como digo aquí en esta vida.

La resurrección, aunque, por supuesto, es una experiencia real, aunque transforma radicalmente la vida de los testigos, es, ante todo, una experiencia de fe, como nos muestra el evangelio de hoy con el salto de amor y confianza que dan Pedro y el discípulo amado. En el pasaje de hoy, ellos no se encuentran con el resucitado, les basta ver unas vendas y el sepulcro vacío para saber que ha resucitado.

En estos días extraños en que hemos sido despojados de nuestras falsas seguridades, cuando descubrimos la fragilidad humana, ser testigos de la resurrección significa que sabemos que podemos confiar en que - aunque todo parezca indicar lo contrario-, Él vive y está con nosotros y que Dios es quien tiene la última palabra... Saber que, pese a todo, el triunfo será el del amor... y vivir conforme a esa convicción.

¿Qué significa esto en nuestra vida concreta? ¿En la de cada uno de nosotros? ¿Cómo traducir esto, en medio de esta situación tan dura, en cotidianidad?

¿De qué forma puedo comunicarlo?, no de una forma ñoña o ingenua sino ¿conseguir que de verdad impregne, ayude y dé sentido a la vida de los demás?

Jesús es el Señor del día y de la noche, de la muerte y la vida, de la alegría y el dolor; su resurrección transforma todo eso y lo conforma de nuevo, de forma que en todo seamos vivos.

Que esta alegría nos transforme cada día, vivamos esta buena noticia. Felicidades.

ORACIÓN DEL PAPA A LA VIRGEN POR EL CORONAVIRUS

“Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos, que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe. Tú, Salvación de todos los pueblos, sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás, para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba. Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado nuestros dolores para conducirnos, a través de la cruz, a la alegría de la resurrección. Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita”.

Amén.